

EL SIGLO

IMPRESA: CALLE 25 DE MAYO, 52

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUBVILLA

EL SIGLO

La insrucción pública

Está dando lugar a diversas conjeturas la tardanza en proveer la vacante del cargo de Inspector Nacional de Instrucción, producida por la aceptación de la renuncia de don Jacobo A. Varela.

Es bien sabido que se había dado por cierto el nombramiento de una Comisión que pudiese en claro la situación en que la instrucción pública se encontraba y si el Dr. Terra había tenido alguna razón para acusar al señor Varela de la decadencia de la misma.—Después se cambió de parecer y se encargó al señor ministro doctor Berindague que por sí mismo averiguase la verdad.

El doctor Berindague conferenció con el señor Varela, con los miembros dimisionarios de la Dirección de Instrucción Pública y por último con su antecesor el doctor don Duvimio Terra.—Hace ya muchos días que esas conferencias tuvieron lugar, y esta es la hora en que no se ha previsto ni la vacante que dejó el señor Varela ni la de los miembros de la Dirección.

¿A qué pensamiento responde esta demora?—Ha corrido el rumor de que se piensa en reformar la ley vigente de Instrucción Pública, dando nueva organización a las escuelas. El diario *La Prensa* se ha hecho eco de ese rumor, y *La Nación* de esta mañana se muestra alarmada y da la voz de alerta a los liberales para que no se dejen sorprender por un proyecto que destruiría por su base la obra del malogrado José Pedro Varela.

No creemos en el caso de apoyar la propaganda de *La Prensa* y de *La Nación*. Sería deplorable que después de tantos años de realización de la reforma escolar y cuando se han tocado los beneficios efectos de la misma, el Gobierno del General Tajes, este Gobierno que hace profesión de volver la espalda a lo pasado para impulsar el país por más aguas corrientes, pudiese en tela de juicio una de las reformas más trascendentales que en los últimos tiempos se han llevado a cabo.

La base de la instrucción está y debe estar en la capital de la República, y casi escusado es decir que esa base debe ser adecuada para que en ella se cimente la enseñanza, no con arreglo a los antiguos métodos y preocupaciones, sino conforme a las necesidades de las generaciones de esta época, que deben formarse para la vida de la libertad y de la democracia.

Si fueran ciertos los rumores de que *La Prensa* y *La Nación* han aludido, se trataría de suprimir la Dirección General de Instrucción Primaria, quedando únicamente en pie la Inspección General, y confiando la superintendencia escolar a las Juntas Departamentales.—Ya sabemos que según la Constitución a las Juntas Económico-Administrativas compete velar por la Instrucción Pública en sus departamentos respectivos; pero eso no quiere decir que en cada departamento deba establecerse un sistema diferente de enseñanza, según las opiniones y las tendencias de los miembros que componen aquellas corporaciones.

El Gobierno tiene en su mano el demostrar la falsedad de esos rumores, si como esperamos no tienen fundamento.—Se dijo antes que don Jacobo A. Varela sería reemplazado en el cargo de Inspector Nacional de Instrucción Primaria. Después se ha dado por seguro que dentro de poco tiempo ingresará en el Senado.—Sea como quiera nos parece que el Gobierno está en el caso de no demorar por más tiempo el nombramiento de Inspector Nacional; y creemos también que sería muy conveniente que se designasen las personas que han de componer en adelante la Dirección de Instrucción Pública.

El doctor Berindague, ministro del ramo, tiene la reputación de ser un hombre discreto y conciliador que cualesquiera que sean sus creencias y sus opiniones personales, comprende las necesidades de la época en que vivimos y no es capaz de provocar conflictos peligrosos.—Nosotros, dando crédito a los amigos del ministro que así lo afirman, esperamos por lo mismo que no patrocinará una reforma que si fuera tal como se asegura, equivaldría a una reacción funesta y peligrosa.

Muy interesante

Párrafos de una conferencia dada en Buenos Aires por el general Hanna, ministro de los Estados Unidos.

En el otoño de 1862, el general Lee, habiendo sido derrotado en South Mountain, retrocedió a Antietam, donde se juntó con las fuerzas del general Stonewall Jackson, que acababa de tomar a Harper's Ferry, con 11,000 prisioneros. En ese punto, el jefe confederado resolvió hacer una fuerte y libre batalla contra las fuerzas del ejército federal al mando del general Mac Clellan.

La batalla se libró el 17 de septiembre de 1862, con un arrojo, tenacidad y encarnizamiento que produjeron terribles pérdidas de uno y otro lado. La jornada quedó indecisa, sin que ninguno de los adversarios pudiera atribuirse el triunfo. En esta situación y habiendo surgido, desinteligencia sobre el número de soldados que se necesitaban para arrojar las fuerzas confederadas, el general Mac Clellan hizo a la orden un telegrama requiriendo la presencia del presidente y del ministro de la guerra en el campo de batalla.

Recordemos, entretanto, una anécdota que poco después de este suceso corrió en los Estados Unidos y en Inglaterra.

Se dijo entonces que esa noche recorriendo a caballo Mr. Lincoln, el campo de batalla con el general del cuerpo de ejército y el coronel Hill Lemon, preguntó a éste cuál sería el mejor cantor para cantar «Pick-a-pue» en el campamento. Muy desfavorable comentario se hicieron sobre esto, y el presidente fué con toda franqueza calificado de bufón.

Los datos de esta historia increíble, los conservo todavía frescos en mi memoria. Después de terminada la guerra fué dependiente de Juan W. Garret, presidente del ferrocarril de Baltimore y Ohio. Era un caballero de amplia y bien sentada reputación, y bien conocido por sus simpatías por el sud y los confederados. Y es que él había sido uno de los de la comitiva que acompañó a Mr. Lincoln al campo de batalla, y en una conversación sobre el punto no podía más decir lo que hubiese de cierto.

Mr. Garret me contestó que lo haría con tanto más placer, cuanto que no perdía oportunidad para desautorizar la baja calumnia que se había inventado. Su exposición fué la siguiente:

Estaba esa día con los directores en Relay House, cuando ya al caer la tarde recibí un telegrama del ministro de la guerra preguntando si podría poner un tren rápido para llevar al presidente al campo de batalla. Inmediatamente impartí órdenes para que la línea que dase libre, y envié mi coche particular enganchado. A las cuatro me fuí, a buscar al presidente y su comitiva.

Mr. Lincoln y sus compañeros esperaban en Washington, y partieron inmediatamente. Cuando el tren llegó a Relay yo subí y continué el viaje.

La comitiva del presidente la formaban el coronel Lemon, el ministro Stanton y uno de sus empleados. Cuando llegábamos a los alrededores del punto en que se había librado la sangrienta batalla, encontramos al general Mc. Clellan y su estado mayor, todo a pie, esperando nuestra llegada.

El ministro Stanton se dirigió a Mc. Clellan, e interogóle con esperanza. ¿Por qué no ha hecho Vd. avanzar el ejército? ¿Qué está Vd. esperando aquí?

El general Mc. Clellan contestó con todo aplomo: «No tenemos ejército que hacer avanzar; nos hemos hecho pedazos, y solo Dios sabe qué suerte nos espera mañana si recordamos la batalla. Es por esto que he reclamado la presencia del presidente, para que por sí mismo aprecie la situación y la probabilidad del desastre que nos amenaza aquí».

Durante esta animada conversación, decía Mr. Garret, oímos a corta distancia como movimientos quejidos y veíamos los hombres con linternas y camillas recogiendo los heridos.

Al cabo de un rato, el presidente pidió una linterna y se dirigió al punto de donde partían los quejidos más próximos. La comitiva le siguió. El moribundo era un niño como de 17 años, con el uniforme de los confederados y mortalmente herido en un costado. Estaba pálido, con la respiración estertorosa y clamaba por su madre, diciendo: «¡Ay! si antes de morir pudiera ver a mi madre y entregarle el reloj de mi padre!».

El presidente se arrodilló junto al niño y alumbándole la cara le dijo con un tono de profunda emoción: «Hijo mío, dime dónde vive tu madre, y yo le escribiré comunicándole lo que quieras y enviándole el reloj».

«No, ustedes no pueden, replicó el niño; estoy en dominio de los yankees.»

«Eso no importa, dijo Lincoln, yo soy el presidente, y aquí también está el general Mc. Clellan, y podemos enviar cualquier cosa fuera de las líneas.»

Ante esta seguridad el moribundo niño empezó a hablar, y el presidente llamó al descubierta de Stanton para que escribiese todo. Cuando hubo terminado, Lincoln cortó una cadena de cuero atada a un reloj de plata grande y viejo, el que él ordenó se enviara con el primer parlamento a las líneas enemigas.

Durante este tiempo, dijo Mr. Garret, el presidente lloraba como un niño, y empezó a pasarse solo.

El general Mc. Clellan le interrumpió, avisándole que la ambulancia estaba pronta y debían ir a otro punto distante cinco o seis millas. Subimos al vehículo y nadie habló una palabra. El presidente sollozaba aún y se limpiaba furtivamente las lágrimas que asomaban a sus ojos. Después de un rato de silencio, se dio vuelta hacia

cia Lemon, y con voz ahogada por la emoción le dijo: «¡Ah!, tanto aquellas dulces y consoladoras palabras: «Oh, in the still night, my heart is breaking.»

Tal fué la escena, y tal el ruego de profunda ternura que ha dado margen a la saña de la calumnia y del desprecio.

Otro cuadro en la perspectiva de mis recuerdos de la guerra civil y sus resultados, no debe ser olvidado. Despierta en mí ideas y emociones siempre vivas, cuando lo recuerdo.

En vísperas de la guerra, antes de llegar a esas días nefastos, vivía en Natchez, Mississippi, a unas trececientas millas de Nueva Orleans. Era una ciudad muy hermosa, ubicada en el centro de la región del algodón. Mi salud se había resentido y me obligaba a recorrer las hermosas colinas de los alrededores del bien conocido 2.º Creek, quizá el más rico, cultivado y aristocrático centro de los Estados Unidos. Los Duncans, Jacksons, Marshalls, Ramseys, Farrises, Dunbars, Braghamans y centenares de otras familias, tenían allí sus valiosas posesiones.

Vivía frecuentemente 200, 500, 1000 y 2000 esclavos cosechando algodón. Parecían surcos negros atravesando aquel campo cubierto de la blanca y preciosa fibra, tras la cual venían los fabricantes de la nueva y de la vieja Inglaterra. El canto general que entonaban las mil gargantas de los negros que trabajaban parecía más dulce y conmovedor que cualquier trozo de Mozart, Beethoven, Meyerbeer y Wagner, aunque fueran interpretados por la sin par Jenny Lind, la divina Patti, la gloriosa Nilsson. Toda esa sinfonia quejumbrosa de los esclavos ha pasado; nadie que la haya escuchado una vez la olvidará jamás.

Pasé varios meses en ese delicioso jardín de lujos y sobornos árboles y celestiales magnolias, donde todo era perfume, asustado y deleite, en la mansión del plantador E. R. Bennett, un caballero de valiosa fortuna y de exquisita hospitalidad.

Una noche vino a mi cuarto un esclavo cuyo apodo de servidumbre era Tom; pero según me dijo, se llamaba Tom Brown. Tom era un muchachito joven, hercúleo, de aspecto varonil, con todos los rasgos de nobleza humana acentuados en su rostro.

Me pidió que le dijera como se hacía «para leer». Pero esto estaba prohibido por la ley «de consentimiento del amo», el cual en este caso fué prontamente obtenido por medio de la esposa del plantador. Pobre Tom! dos ó tres veces por semana traía su cartilla y se ponía a estudiar con un anhelo como si comprendiera que la ignorancia era el eslabón más duro de su servidumbre. Fué un discípulo aplicado, y en pocos meses empezó a leer bastante bien.

Pasaron algunos años, y el incidente lo había olvidado.

Había terminado la guerra y yo tenía negocios en Baton Rouge, Louisiana, donde un pequeño destacamento, incluyendo dos regimientos de negros, estaba detenido provisionalmente haciendo servicio policial. La curiosidad me indujo a visitar el campamento, y en compañía de un antiguo militar cabalgamos hacia el cuartel de uno de los regimientos de negros.

Un moreno asistente vino a cuidar nuestros caballos, y nos indicó la carpa del coronel. Este se presentó y contemplándonos un momento exclamó con íntima alegría: «¡Mi niño! usted es el mismo que me enseñó «cómo se leía» en lo de Massur Bennett, en la antigua morada de 2.º Creek».

Aquel era, en verdad, mi antiguo discípulo, en otro tiempo el más gran escudador de algodón del río Mississippi, vestido ahora con el uniforme del ejército de los Estados Unidos y recibiendo el salario del trabajo libre.

Fuó una revelación del rápido desenvolvimiento operado en un ser humano por este activo espíritu de justicia, libertad y trabajo que desde Adán viene agitando al mundo.

PAISAJES AUSTRALES

El ancho río de Santa Cruz corría rumoroso entre oscuros bancos de arena, que la marea al retirarse iba descubriendo rápidamente, como si el Océano hubiese vencido.

El sol lanzaba sus últimos oblicuos rayos sobre la meseta gris y melancólica que se dilata hacia el Sud; las colinas de la costa se perfilaban en el azul desvaído de la tarde; el occidente parecía arder, semejando un mar aéreo de cobre derretido, con fulgores de pú pura y oro.

Un río de aire movía las cortáceas languidas hojas de las yerbas desmenuadas sobre el suelo recalentado y humeante de vapor, e impregnado de ese olor acre y penetrante que exhala la tierra virgen en la hora solitaria del crepúsculo.

Grupos confusos de animales salvajes, ruidos vagos e indefinibles del desierto, anunciaban que la noche iba a tender sus negros velos tras los cuales brillan como pupilas diamantinas los mundos que ruedan silenciosos en el vacío del infinito.

¡Qué armonía en la naturaleza!

¡Qué espectáculo tan grandioso!

Aquellas soledades, aquella masa de agua opaca y tumultuosa, aquella llanura solavandada y enjuta, las colinas, el océano distante, extendido como un manto parduzco y rugoso; la mitad del cielo azul, la otra mitad teñida como por llamaradas de un incendio colosal. Tal fué la maravillosa decoración que la Patagonia antártica ofreció por vez primera a mis ojos deslumbrados.

Después he visto otros cuadros igualmente grandiosos, he sentido emociones que no conozco las que no han salido de las ciudades, los que no han visto nunca las bellezas salvajes y sagradas de un país agreste, convulsionado por los volcanes, nivelado por las aguas y los hielos, y lleno de misteriosos encantos que hablan al alma con la elocuencia muda del infinito.

Cada localidad patagónica tiene su aspecto interesante y grandioso, que varía según la estación del año.

Puerto Deseado recuerda a veces las desnudas rocas de la isla de San Vicente, en el Atlántico tropical; otras, copia el paisaje noruego. Sus dispersos núcleos eruptivos que afectan caprichosas formas de diques, torres, campanas, pirámides, obeliscos y menhires, brillan al sol, con reflejos metálicos y altiva expresión, en el verano, mientras que, en Junio, al cubrirse de nieve, diríase que se aplanan, perdiendo sus perfiles rudos y salientes, modelados quizá por los glaciales desaparecidos en la alborada de nuestra época geológica.

San Julian muestra hondonadas que semejan abismos, cirios pavorosos por su soledad, que solo interrumpe el viento y el rugido del puma.

La cordillera, en las nacientes del Río Chico, tiene la magestad que abruma. Sus picos se alzan hasta las nubes, siempre vaporosas y fugaces. Esposos bosques crecen al pie de ellos, los envuelven, los acarician y saludan cada día con el rumor de sus hojas y el coro de sus huéspedes melancólicos, los pequeños loros australes.

¡Qué espléndido colorido vegetal!

¡Qué cambiantes efectos de luz bajo los móviles pabellones de robles siempre verdes y retolantes!

Bajo el bosque discurren espumosos torrentes cuyo murmullo parece el canto plañidero de misteriosas ondinas. El cielo está cubierto de espeso tapiz de hojas desmenuzadas y descompuestas, que exhalan un olor penetrante y extraño, fluido vital que se difunde en el aire sonoro y liviano. Aquí y allá se ven troncos derribados, cuya rugosa y húmeda corteza soporta un mundo de líquenes y musgos verdes, anaranjados y plomizos, organismos inferiores que viven de la savia de los grandes vegetales que allí crecen excelsos en la augusta soledad austral.

Gallegos tiene un cielo límpido, y bajo su espléndida bóveda ondulan las verdes graminias. Sus noches estibales son bellas y serenas. Las del mes de Mayo, imponentes y heladas. ¿Quereis su descripción? Héla aquí en frases descoloridas, que copio de mis apuntes inéditos:

«La luna creciente brilla en el cielo azul, y sus fríos rayos platean las fugitivas ondas del Gallegos, cuyos altos escarpados marginales semejan ancha y tormentosa foja de negros nubarrones».

La soledad reina por doquier: todo parece petrificado; solo el viento interrumpe a intervalos el tético silencio de la noche, y sus extrañas notas pesan en ráfagas heladas.

En el vivac se elevan rojas llamaradas ondulantes. Los viajeros duermen acurrucados junto al fuego; algunos perros tiran a los pies de estos. A pocos pasos permanecen inmóviles los cansados caballos.

Todo respira tristeza y abandono; me creo solo sobre la tierra, y pienso que voy a ser testigo de grandes catástrofes. Cruces alucinaciones atormentan mi espíritu.

Unas veces creo oír la voz potente del océano invadiendo la costa, que se alanza a su paso; otras pareceme ver surgir del suelo colosales reptiles que se arrastran sobre su vientre escamoso. Los arbustos afectan formas extravagantes; todo semeja figura extra terrestre, misteriosa y amenazante.

Pero entre todos los espectáculos de la naturaleza patagónica, quizá ninguna ofrece tanto interés como el del desierto. Al desgarrarse la blanca túnica del invierno, las crestas de los cerros vuelven a destacarse sombrías en el horizonte alumbraado por el sol; los ríos corren derramándose; las cascadas retumban; los manantiales gorgotean entre las rocas crispadas; las yerbas sacan sus hojas amarillentas en el aire que las acaricia; los árboles reverdecen, y el bosque se llena de ruidos diversos. Todo renace, todo alienta; la naturaleza entera parece como que entona entonces un himno mudo, exultando a la dulce primavera.

Ramon Lista



morir en el año.